

El sufrimiento por celos posesivos ¹

Carlos Ríos

Me propongo hacer un aporte al tema de los celos posesivos dentro de la teoría kleiniana y postkleiniana, utilizando las ventajas de la coherencia que permite el uso específico de un esquema referencial.

Sabemos que los modelos funcionan como maquetas explicativas, que nos permiten comprender la complejísima realidad del trabajo psicoanalítico, aunque por otro lado, inevitablemente, dejan sin elucidar algunos aspectos teóricos o clínicos. Esta ineludible limitación, de cualquier esquema, tienta al psicoanalista a sumar modelos explicativos, sin considerar que esta suma implica caer en una irremediable confusión.

En relación con este tema, que hace a la forma de utilizar los modelos, deseo hacer un par de reflexiones previas antes de abocarme al tema específico de los celos posesivos.

En primer lugar sostengo que un psicoanalista debe abreviar lo más profundamente en un esquema referencial, obteniendo de sus características el mayor rédito posible. No hay otra manera de proveerse de coherencia en relación con el material clínico sino a través del modelo conceptual. Insisto en la necesidad de tener conciencia de los inevitables puntos ciegos que el mismo trae apareado consigo.

Una fórmula ideal para el desenvolvimiento profesional de un terapeuta, sería gozar de la mayor cultura psicoanalítica posible

¹ Esta presentación resume las ideas del autor en una mesa redonda: "Perspectivas clínicas", del 27 de abril de 2002, en la cual participaron los Dres. Arnaldo Smola (APA) y Antonio Barrutia (SAP), coordinada por el Dr. G. Garfinkel (APdeBA).

en cuanto a los esquemas referenciales y, coetáneamente, estar en condiciones de poder practicar y transmitir a la comunidad científica sus trabajos dentro de uno de ellos con detenimiento. Tal enfoque informa, da coherencia y provee de claridad.

En el polo opuesto de esta fórmula se encuentran las actitudes eclécticas que, no toleran la visión parcial de un esquema, utilizando términos teóricos de diversos esquemas referenciales para dar cuenta de los hechos clínicos. Para mi modo de ver, el eclecticismo lleva inevitablemente a la confusión en la práctica y teoría psicoanalítica, porque el psicoanálisis se teoriza utilizando, muchas veces, iguales términos en diferentes modelos, lo que hace que la dimensión semántica de cada término sea diferente según el modelo utilizado.

Pensemos, a modo de ejemplo, la utilización en un mismo trabajo científico del término “narcisismo primario” de Freud, aplicando coetáneamente el modelo del narcisismo que surge del uso de la identificación proyectiva tal como la describe M. Klein en 1946. La evidente confusión de la noción entre estadio y estructura es inevitable, salvo que meticulosas explicaciones reubiquen el término usado en el modelo correspondiente para cada caso y en cada oportunidad.

Sin embargo la existencia del eclecticismo es ubicua, lo que me ha llevado a reflexionar sobre él.

Sugiero que existen en la práctica dos tipos de eclecticismos que, por otro lado, suelen combinarse entre sí. Al primero lo he denominado el eclecticismo del tipo “si...si...si”, que se presenta como una modalidad englobante de términos que tiende a incluir variables de diferentes modelos, sin la utilización de explicaciones que nos permitan efectuar las correspondencias entre un esquema referencial y otro. Es imposible, entonces, elucidar las diferencias que cada término teórico tiene en cada esquema referencial (el término narcisismo es quizás uno de los más afectados por esta modalidad), con lo cual la confusión está garantizada.

El otro tipo de eclecticismo es el que llamo “ni...ni...ni” y se expresa, por lo general, en las opiniones sobre trabajos psicoanalíticos para los cuales se proponen siempre alternativas de cualquier término proveniente de otro esquema referencial diferente al sustentado por el expositor, dando claramente a entender —el opinador o crítico— que cualquier proposición teórica propuesta

desde el modelo dado como referencia es insatisfactoria frente a la infinidad de soluciones que el conjunto de las teorías nos ofrece, lo cual es una obviedad, pero el eclecticista insiste por su necesidad de justificar la mezcla de esquemas referenciales.

Mientras el eclecticismo englobante nos brinda un interlocutor que acepta pero diluye y confunde nuestras ideas, la forma excluyente, por el contrario, no parece estar de acuerdo con ninguna de ellas. Siempre hay alternativas mejores para aplicar teniendo en cuenta el conjunto de las teorías.

Para mi opinión el eclecticismo es un fenómeno influido por vocaciones extracientíficas, ya sean personales (dificultad o temores para definirse), profesionales (temor al aislamiento) o políticas (que buscando sumar voluntades no se define con claridad). El eclecticismo está en el polo opuesto de la defensa de las propias ideas en el marco acotado de un esquema referencial, lo que de hecho presupone cierta valentía al sostener una posición, un modelo, que si bien es coherente en sí mismo, va a dejar afuera aspectos clínicos o teóricos por los cuales hay que hacer un cierto duelo.

Valga como ejemplo, de esto último, la enorme dificultad de la teoría kleiniana para dar cuenta de los mecanismos de inserción del ser humano en la cultura. La teoría freudiana del Superyó explica mucho más convincentemente esta contingencia.

El otro tema en el cual me quiero detener es sobre los lenguajes psicoanalíticos. Tenemos dos tipos de lenguaje, dentro de cualquier modelo conceptual; uno es el lenguaje de alto nivel teórico, con términos muy formalizados, que son aplicables a una gran cantidad de casos y que son útiles para intercambiar dentro de la comunidad científica. Por ejemplo: el término deseo; así decimos que los sueños realizan deseos, o bien, que el lenguaje es lenguaje de deseo. Pero, veremos que estos términos, tienen un valor muy relativo cuando los queremos llevar a la clínica justamente por su amplitud.

En el lenguaje de las sesiones nosotros tenemos que transformar estos términos, ya sea achicarlos, segmentarlos, o bien, agregarles algún adjetivo más para poderlos hacer inteligibles. *Es un proceso de deconstrucción de los términos muy formalizados a favor del hallazgo de palabras que dan cuenta mas pertinentemente de los matices del trabajo clínico.*

Por ejemplo, tengo presente un caso que trata de una paciente

que da mucha importancia a su belleza personal. En una sesión transmite que luego que su manicura le pinta las uñas y se ha ido, ella, se empieza a sacar rabiosamente la pintura de las mismas hasta lastimarse la cutícula, en un acto que no comprende. Dentro del trabajo analítico, se puede ver este hecho como la expresión de no poder tolerar que alguien colabore en atender su belleza y se siente compelida a arrancar los cuidados que le habían sido prodigados.

Se le señala que hace esto con rabia y envidia. Además, con este acto autoagresivo le transmitía al psicoanalista que, en el marco de la transferencia, esto de arrancarse la pintura de las uñas era equivalente a lo que hacía con las interpretaciones, el mismo “modus operandi”; sacarse las interpretaciones, a las que cuestionaba agresiva y sistemáticamente, de sus pensamientos aun a expensas del daño consecuente.

Podríamos decir que esta acción de la paciente satisface un deseo, pero es una fórmula demasiado general, optamos por señalarle que esto representa una forma de envidia y utilizamos un término más acotado, más clínico, más restrictivo, más local, por así decirlo.

Y el término “envidia” puede, todavía, seguir siendo acotado en una tarea de achicamiento para dar cuenta de procesos cada vez más singulares. Tenemos por ejemplo que discriminar esta envidia al objeto bueno que provee belleza, de la envidia fálica freudiana o de la denominada envidia primaria, concepto más abarcativo, más formal.

En cuanto a la historia teórica de la envidia, Freud describe, en especial, la envidia fálica; visualizó otras formas de envidia, pero no les dio lugar en la conceptualización teórica.

Por ejemplo, como cosa curiosa, en “El Hombre de las Ratas” vemos que anticipa un párrafo muy kleiniano.

Recordemos que el hombre de las ratas estaba de novio con una señora que no podía tener hijos. Hay una parte en que Freud dice:

“Tenía el hombre de las ratas una deliciosa sobrinita a quien amaba mucho, un día le vino la idea obsesiva, si te permites el coito, tu sobrina se morirá.” Y Freud descifra: *Introduzcamos lo omitido, y querría decir, en cada coito con cualquier mujer, inevitablemente pensarás que con tu amada nunca producirás un hijo, eso te pesará tanto que te pondrás envidioso de tu pequeña sobrina y no consentirás la hija a tu hermana”*.

Freud introduce aquí temas, eventualmente muy kleinianos, como el ataque envidioso al embarazo y a los bebés y la consecuente expresión retaliativa por el temor, por parte del paciente, de no poder disfrutar de las relaciones sexuales. Esta visión de la envidia no tuvo lugar en la formalización teórica como sí lo tuvo la envidia fálica.

Lo mismo sucede, en la psicopatología psicoanalítica, con el término celos, la clínica exige segmentaciones. Y así aparecen, en el deseo de dar cuenta de los hechos, diferentes clasificaciones. Freud, por ejemplo, necesita particularizar y clasificar hablando de tres tipos de celos. Los celos de competencia o normales; los proyectados que son usuales en las personas que tienen ideas y deseos de infidelidad y que los proyectan en el otro asumiéndose como traicionados; y por fin los celos delirantes, por pulsiones homosexuales reprimidas. En este caso la mecánica que utilizaba el celoso, para ocultar su homosexualidad, era la consabida fórmula “yo no lo amo, ella es la que lo ama, yo lo odio”.

Melanie Klein también trata de aclarar y de discriminar envidia de celos, hablando de la envidia como bipersonal y altamente destructiva y los celos como tripersonales, más fáciles de comprender y menos dañosos.

Meltzer, entre los kleinianos, nos habla de los celos como emociones complejas e intenta una primera segmentación, interesante, entre los que denomina celos delirantes y posesivos, ambos ligados a la fantaseada figura de los bebés en el interior de la madre. En esto me detendré más adelante.

Pero el tema de las discriminaciones de términos está lejos de ser agotado, la tarea que se nos impone en el futuro a favor del enriquecimiento del análisis es ir encontrando palabras más adecuadas para ir aplicando a los diferentes sucesos que se van dando dentro del trabajo analítico.

Como ya he señalado, éste es un proceso de desconstrucción de los términos teóricos muy formalizados –por ejemplo deseo– aptos para la teoría que se dirige hacia términos más particulares destinados a dar cuenta de los matices de la clínica.

Llegando al tema específico, que corresponde al título, aquí pretendo aportar una ampliación del concepto de los celos posesivos.

Para ilustrar esto voy a referir el mito de la fundación de la

ciudad de Roma por parte de Rómulo y Remo, que son los héroes protagónicos. Yo he interpretado psicoanalíticamente el material de una de las versiones más difundidas del mito, hecho que exige indulgencia del lector, como cualquier pieza de psicoanálisis aplicado, en especial, en los mitos de los que se suelen tener varias fuentes.

Una versión del mito nos presenta, por un lado, a un rey, Numitor, que tenía un hijo y una hija, y era por supuesto un buen rey, un equivalente al Abel bíblico. Por otro lado Amulio (al que podríamos pensar como Caín) era el hermano del rey y lo depuso usurpando el reino, pero no lo mató, sí mandó matar al hijo, es decir, a su sobrino y envió a la hija de Numitor, es decir a su sobrina, a ser una vestal, consagrada a la virginidad con la idea de eliminar, definitivamente, a la descendencia del rey usurpado y apropiarse indefinidamente de los destinos del reino.

Pero, el dios Marte se enamoró de la vestal y tuvo dos hijos gemelos con ella, que son Rómulo y Remo. El famoso Amulio se entera de este nacimiento y ordena que les maten ahogándolos en el Tíber pero, como en las historias de Edipo, de Moisés, y de Sargón I el babilónico, el enviado no cumple la orden y piadosamente coloca a Rómulo y Remo en una canasta que ha de flotar libremente en el río Tíber dejando a los gemelos librados a su destino. Esta canasta termina posándose en una orilla *que coincide con la ladera de la colina llamada Palatino*.

Una loba amamanta a Rómulo y Remo hasta que son recogidos por unos pastores que los cuidan creciendo en armonía.

Con el tiempo, Numitor recupera de nuevo su trono, descubre a los jóvenes que son sus nietos, y todos se alían para vengarse y matar a Amulio (Caín) como corresponde en una apropiada culminación de la justicia mítica.

Como culminación de estos hechos ambos gemelos deciden fundar una ciudad. El lugar donde decidieron construir la ciudad fue el mismo en que se detuvo la canasta y donde fueron amamantados por la loba.

Remo se instala en la colina del Capitolino y Rómulo en la vecina colina del Palatino (en la actualidad, en la colina del Capitolino, en el museo Capitolino, se expone una hermosa escultura de bronce representando a la loba dando de mamar a los dos hermanos).

Rómulo decide trazar un límite amurallado alrededor del

Palatino, definiendo como suya esa colina, que será la primera “Roma Cuadrata” (que nombra Freud, en “El Malestar en la Cultura”).

Remo, pese a haber elegido el Capitolino, no tolera la construcción de la muralla, se rebela y queriendo demostrar su superioridad, insulta en público a Rómulo y destroza en un punto la muralla, por lo cual Rómulo reacciona ferozmente, asesinándolo cuando ve transpuesto el límite (*limes*) y exclamando: “¡Esto le ocurrirá a quien atraviere las murallas!”

En la antigüedad los límites de las ciudades y los muros de los templos son sacros, pensemos en Numancia, en Constantinopla, y en la sufriente Jerusalén.

Luego del crimen, y ofuscado por poblar su ciudad Rómulo (lejos de estar apenado) convoca para una fiestas a un pueblo vecino de los Apeninos; los Sabinos a quienes prepara una trampa.

A una señal de Rómulo, sus acólitos separan y raptan a las jóvenes mujeres de los sabinos (es el famoso rapto de las sabinas que vemos en todos los museos de Europa, especialmente en los italianos).

Los hombres sabinos, sorprendidos, son derrotados, huyen a los Apeninos y vuelven al tiempo a vengarse luego de reorganizarse. Pero, las sabinas se interponen entre los dos bandos; sus maridos e hijos pequeños ya romanos, por un lado y por otro por sus padres y hermanos sabinos, y logran evitar la tragedia.

Clamaban a los romanos pidiendo no matar a sus padres y a los sabinos no hacerlo con sus maridos e hijos.

Por la superación de la trágica unión de estos dos pueblos, dice el historiador, probablemente se explica la grandeza de la capacidad de expansión de Roma.

El sustrato de la creación de Roma, entonces, es el crimen, el asesinato fratricida, y el robo de las mujeres sabinas que se convierten a su vez en el punto clave de la concordia.

De acuerdo al esquema referencial de vertiente kleiniana y postkleiniana, se me ocurren una serie de interpretaciones para dar cuenta de los celos posesivos teniendo en cuenta que esto es, simplemente, psicoanálisis aplicado y este mito, como todo mito, puede ser mirado desde múltiples vértices.

En primer término planteo que la creación de la ciudad constituía un intento reparatorio por parte de Rómulo y Remo, huér-

fanos, que ya habían matado a Amulio (Caín), y con él, ilusoriamente, a los propios aspectos destructivos que el usurpador representaba para con la madre amada por Marte. Muerto el criminal, querían entrar en la lógica de la reparación.

Intentaban la restauración reparando, al crear una ciudad, cuyo territorio es un claro subrogado materno, comenzando por las colinas que simbolizan los pechos maternos de los que habían sido carentes. Esos anhelados pechos de la preciada madre, que había sido deseada y poseída por Marte.

Eligen para la fundación el lugar donde la nodriza, la madre de leche, para el caso la loba, los amamantó.

Es evidente que existe una derivación fallida de la destructividad de la envidia, a este pecho idealizado, que había estado proyectada en Amulio, el tío malo, y *que ahora, de repente, aparecía entre ellos, como un drama de envidia enmascarada por los celos por la posesión del territorio de las colinas entre los hermanos, lo que desencadena el asesinato de Remo.*

Posteriormente esta pequeña urbe festeja (fiesta maníaca luego del fratricidio) e invita, como dije, al pueblo sabino, *Rómulo planea el robo de las mujeres, y aquí completamos la idea que ilustra el robo y la expoliación envidiosa del cuerpo femenino y su despojamiento y apartamiento del pene paterno representado por los sabinos expulsados. El ataque al objeto combinado por la pandilla narcisista está en vigencia.*

La construcción de Roma sólo se hace posible no por la tragedia criminal, no por el clima de agonía “per se”, como entiendo comprensivamente el historiador.

Roma surge como producto del amor depresivo de las mujeres raptadas. Las sabinas son las verdaderas creadoras de Roma porque ellas llevan a cabo la integración, Esta actitud está representada, en este caso por la bondad de las madres sabinas secuestradas, que quieren preservar la vida de sus bebés y sus seres queridos, inclusive la de sus raptos. Es decir por la preocupación por el cuidado de los objetos inherente a la posición depresiva.

Esto hace salir a todos los protagonistas de la lógica de la muerte en que estaban inmersos y genera la posibilidad de la construcción de un pueblo, el romano, con un objetivo y un fin.

De todo modos Roma siempre fue leal y consecuente con el espíritu de Rómulo: posesión y asimilación política por domina-

ción militar, con el que superaron a los diversos pueblos, inclusive a los griegos, que eran más pensadores y artistas y menos organizados en su espíritu de dominación.

¿Cómo llamar a las emociones que sustentan la lucha fratricida entre Rómulo y Remo?

Como me interesa en especial el tema del asesinato entre hermanos y la rebelión de Remo, planteo utilizar el término: *celos por posesión* ya usado por Meltzer pero con otros matices.

Evidentemente están muy lejos de los celos normales de Freud por el componente de agresividad y destructividad que contienen.

En realidad su virulencia surge del hecho de que implementan con violencia la envidia que a su vez contribuyen a ocultar. Reemplazan la incomprensible y paradójica brutalidad del ataque a los objetos buenos, propia de la envidia, por una más comprensible pero obsesiva preocupación por la delimitación de este objeto (para el caso las colinas de la "madre tierra") que se supone permanentemente deseado por rivales a los cuales se cela.

Los celos logran la aquiescencia de la razón más fácilmente que la envidia. Incluso los celos, para la visión romántica de la "doxa", pueden ser vistos como el inevitable acompañante del amor

Si nosotros repasamos los términos de Meltzer, veremos que él propone dos fantasías celosas básicas, donde los objetos celados son bebés en el interior de la madre y *que estas fantasías, y esto es lo más importante, tienen la particularidad de convertirse fácilmente en mitos sociales.*

De los celos delirantes nos dice que son una fantasía basada en una identificación proyectiva vehiculizada por un voyeurismo onnipotente. El aspecto infantil de la personalidad tiene la convicción delirante de que hay múltiples bebés que parasitan el interior cuerpo femenino.

Quiero aclarar que la idea del bebé interno es una idea que no es original ni de Meltzer ni de Klein, es, rigurosamente, de Freud en el historial del hombre de los lobos.

Y no sólo estos citados bebés participan de hecho en el coito, como si se confundieran con la madre misma, sino que desbordan los recursos maternos (es decir son y están dentro de la madre) y llevan al mito social general (cualquier semejanza con la realidad es pura casualidad) según el cual podría deducirse más o menos

un argumento así: *existen, sin discusión, delincuentes o parásitos sociales que injustamente están metidos en nuestra asociación, en nuestro consorcio, en nuestro club, en nuestro municipio o en nuestro país, y son los que se llevan nuestros recursos y depredan.*

Razonemos un poco este mito social al cual yo le encuentro una validez significativa y muy ubicua. Primero, los depredadores son anónimos; segundo, son múltiples y potencialmente multiplicables (una idea muy kleiniana, cuando se destruye un objeto del interior de la madre se multiplica en una expresión retorsiva, como en la figura retórica de la sinécdoque generalizante), y tercero, su sola existencia constituye una injusticia.

Como la cosmovisión depredadora, sostenida por este mito, está sustentada por la identificación proyectiva, se entiende que esta fantasía lleva al sujeto a tener él mismo una actitud depredadora, santificada por la idea de que vale todo frente al despojo y la anomia de la cual él es víctima.

Se denuncia a los expoliadores, pero se depreda. No se pagan los impuestos porque se piensa sólo en estos ladrones, no en la gente que hace ciencia o educación.

La otra fantasía celosa descrita por Meltzer son los celos posesivos que aparecen como una forma primitiva de celos donde se fantasea a un bebé que está instalado en el útero, que produce celos y que lleva entonces al sujeto a una actitud de retraimiento y somnolencia, careciendo de impulso al desarrollo, articulado con indolencia y falta de iniciativa. Meltzer hace un parentesco con rasgos autistas. Probablemente en esto último, se basan todos los mitos sociales que con un trasfondo nihilista justifican el sentido de la vida sólo tomando como base al hedonismo de la sensualidad en sus formas más pasivas.

Aquí quiero acotar que siempre me pareció que este argumento que describe los celos posesivos era muy acotado, que quedaba incompleto sólo con el ejemplo de los niños que quieren volver al útero, y además no explicaba bien la cualidad de lo posesivo. Curiosamente, Meltzer mismo, había descrito un tipo de celos por las posesiones de tierras, allá por el año 65 que me pareció muy sugerente y que no atribuyó a los celos posesivos sino a los delirantes.

Sólo cuando postula el conflicto estético y luego de señalar la importancia de la belleza de la superficie materna contrastando

con el misterio de su interior, Meltzer hace un lugar significativo al plano del cuerpo materno.

Yo quiero resaltar los dramas celosos por la posesión de la superficie del cuerpo materno y sus subrogados en el mundo, en especial la posesión de bienes vinculados a áreas, a territorios. Lucha que pienso que se lleva a cabo, en especial, con los hermanos externos más próximos (Rómulo y Remo son gemelos).

Resumiendo, la idea que deseo aportar es que los celos por posesión constituyen un concepto que debe ser ampliado, dado que tienen también como basamento la fantasía desesperada de apropiación de la superficie del cuerpo de la madre y sus subrogados, frente a los requerimientos territoriales del hermano externo más próximo, y estos celos no tienen como clave sólo al bebé interno celado.

Aquí esto toca concretamente con el drama del Capitolino, del Palatino y del fratricidio en el mito de Rómulo y Remo.

Son estos celos los que llevan a una obsesionante compulsión a la delimitación, a la perimetración de los bienes (como la muralla de Rómulo) que van a ser poseídos para evitar el despojo no sólo por parte de los bebés internos, sino del *intruso externo más próximo*.

Los dramas cotidianos, con los niños, por el lugar ocupado junto a la madre y a los subrogados de su cuerpo, ya sean éstos lugares en la vivienda o, a la hora de comer, el control de las porciones alimenticias, el conflicto que se presenta al estar aupado o en las rodillas compartiendo el cuerpo materno con un hermano. Como si las piernas fuesen subrogados de los pechos.

Cada bebé quiere la totalidad de la superficie materna, rodillas, regazo, pero no se contenta con esto, sino que además quiere desalojar hostilmente al otro de la parte de superficie de cuerpo materno que pretende. Cada bebé semeja un pequeño Rómulo o un Remo.

En otro trabajo se ha señalado la íntima relación de los celos por posesión con el denominado narcisismo de las pequeñas diferencias, por el cual mi peor enemigo es mi vecino, mi consorcista, el del país de al lado, con los cuales no sólo temo ser confundido sino además que se apropien de lo mío. Es necesario, entonces, devaluarlo, depreciarlo y eventualmente destruirlo.

La conclusión sobre el sufrimiento inherente al narcisismo de las pequeñas diferencias implicaba la idea acerca de que no sólo

la envidia y los celos jugaban un papel significativo, sino que además esta forma de “obsesión con el prójimo” implica un temor a perder la identidad, en relación con el otro más cercano, identidad que se pretende recuperar incentivando la paranoia con él mismo en una escalada de discriminación agresiva.

El más próximo es el más proclive a invadir mis territorios y a quitarme los bienes y cosas que subrogan el cuerpo materno que quiero que sólo sea mío en su totalidad y sólo así siento que soy a través de la propiedad absoluta: “tanto tienes, tanto eres”.

Esta es la lógica del sufrimiento que ocasionan los celos posesivos potenciados por el narcisismo de las pequeñas diferencias.

Klein ha descripto magistralmente que la elaboración de la envidia lleva, en la posición depresiva, a la gratitud.

Tenemos que plantear aquí otras culminaciones en la posición depresiva y decimos, entonces, que la elaboración de los celos delirantes lleva a la generosidad y la de los celos posesivos al desprendimiento, es decir, a la desapropiación generosa que no responda al “quid pro quo” ligado a la mera devolución.

BIBLIOGRAFIA

- ETCHEGOYEN, H.; LÓPEZ, B.; RABIH, M. (1987) “Envy and how to interpret it”. *IJP*, 68 49/61.
- FREUD, S. A propósito de un caso de neurosis obsesiva. O. C. Amorrortu, T.X, p. 177.
- Mecanismos neuróticos en los celos, paranoia y la homosexualidad. O.C. Amorrortu, TXVIII.
- GRINBERG, C.; SVENDRÖM, R. *Historia Universal Daimon*. T. III p. 12.
- KLEIN, M. (1957) Envy and Gratitude. *The Writings of Melanie Klein*. Vol. III.
- (1927) “Criminal tendencies in normal children”. *WMK*. Vol I.
- KLIMOVSKY, G. “Las diversas acepciones de la palabra modelo”. *R. P. ApdeBA*, V.XII 1.
- LACAN, J. (1957) “Les formations de l’inconscient”. *Ecrits*. Seuil.
- NEJAMKIS, J. Y COL. “Los celos posesivos”. *RAP ApdeBA*, Vol. VIII, 1, 1986.

CELOS POSESIVOS

- MELTZER, D. *El proceso psicoanalítico*. Paidós. 1976.
- (1974) *Los estados sexuales de la mente*. Ed. Kargieman.
- (1976) *La exploración del autismo*. Paidós.
- (1965) "La doble fase inconciente del materialismo". *Sinceridad y otros trabajos*. Bs. As. Spatia. 1997, pag.105.
- Ríos, M. A. y C. "Acerca de los bebés internos". Encuentro internacional en Barcelona, 2002.
- Ríos, C.; RIMOLDI, R. y JOB, A. "Narcicismo de las pequeñas diferencias". *RP ApdeBA*, 1992.

Carlos Ríos
Juramento 2036, 6°
C1428DNH, Capital Federal
Argentina